**NOCHEVIEJA 2014**

**SILVIA**

“*En la puerta del sol*

*como el año que fue
otra vez el champán y las uvas
y el alquitrán, de alfombra están…”*

Un año más, como la canción de Mecano que sonaba de fondo. Un año más que pasó sin sentirlo. Un año más sin nada que destacar, desperdiciado. Un año más sin trabajo, sin novio, sin futuro y ya iban 39. ¿Desde cuándo escuchaba cada 31 de diciembre esa canción? Desde que era adolescente, cuando la vida se imagina apasionante, cuando crees que el mundo está ahí fuera esperándote, a tus órdenes, cuando la casa de tus padres te resulta una prisión y sueñas cada noche con irte muy lejos. Adolescente, persona que va por la vida volando hacia un futuro deslumbrante.

¿Cómo iba a ser su vida? Ah, sí, una tontería: Trabajaría como traductora para la ONU y podría viajar por todo el mundo. Tendría un marido extranjero, a veces inglés, otras veces australiano; le gustaban anglosajones, rubios, no le hacía ascos a la piel sonrojada que se les pone en cuanto les da un poco el sol. Dos hijos. Eso lo tenía claro. A poder ser dos varones, porque ella sólo tenía hermanas y estaba harta de tanto gen femenino en la familia.

Ese era su futuro soñado con 15 años. Ahora tenía 39. El inglés, que con tanto ahínco estudió en la Escuela de Traductores y después en Londres, había quedado para dar clases particulares a niños odiosos que suspendían por más empeño que ella le pusiera. Dar clases no era lo suyo. ¿Marido? No, un par de relaciones largas y unos cuantos rollos. Su vida amorosa un fracaso y de hijos ni hablar.

- Silvia – gritó su madre desde el salón-. Venga, hija, que han conectado con la Puerta del Sol. La Igartiburu está guapísima con un vestido rojo precioso.

Sí, su madre desde el salón. La maldita crisis del 2008 había hecho que perdiera su trabajo y su casa. Cuando se le acabó el último subsidio que pudo rascar del Estado, que ascendía a la astronómica cifra de 430€, tuvo que vivir sólo de las clases particulares y eso no daba para llegar ni a la segunda semana del mes. Había que pagar una línea de teléfono e internet, pues si te desconectas, cómo vas a encontrar trabajo. ¡Qué mentira! Tres años enviando currículums a diario y había conseguido sólo una entrevista para vender seguros; ni siquiera la habían llamado después, aunque ella estaba dispuesta a lo que fuera por conseguir un trabajo. Total, que había tenido que volver a refugiarse en casa de sus padres. Eran mayores, así que sus hermanas y toda la familia habían visto aquello como una bendición. Una bendición porque así se encargaba ella de llevarlos al médico, controlar las medicinas, hacer la comida, arreglar la casa… En fin, un día a día apasionante.

- Silvia, hija – gritó su padre con la voz ronca-. Ya van a dar los cuartos, te lo vas a perder.

Silvia se levantó sin ganas. Abrió la puerta de su dormitorio de niña, donde aún quedaban algunas muñecas con las cabelleras polvorientas sentadas en fila en la estantería más alta. Su madre se negaba a tirarlas, aunque ella jamás jugó con ninguna. Las odiaba. Vio su figura delgada en el espejo. Era alta, con ojos marrones. Siempre había tenido buen cuerpo, eso que llaman “buenos genes”. No se cuidaba ni hacía ejercicio y mantenía su peso sin problemas, comiera lo que comiera. La envidia de sus hermanas que siempre estaban a dieta. Bueno, en algo debía tener buena suerte. Era la mayor de tres hermanas, las pequeñas eran gemelas. Quizás por eso no conseguía tener mucha complicidad con ellas. Era difícil entrar en el universo especial y único de los gemelos. Cuando estaban malas, estaban malas las dos. Cuando eran felices, eran felices las dos. Su recorrido vital era igual de “gemelo”. Elisa y Sandra, que así se llamaban, tenían 30 años. Trabajaban como administrativas en la Junta de Andalucía. No quisieron estudiar ninguna carrera universitaria, las dos tenían novios desde los 16. Se conocieron en el instituto y los dos maridos además eran primos. Se prepararon unas oposiciones para la administración y aunque no las sacaron a la primera, entraron en una bolsa de empleo, comenzaron a trabajar de interinas, empezaron a sumar puntos y en unos pocos años consiguieron la plaza en Granada. Se casaron el mismo año y tenían dos hijos cada una. Esos con los que ella soñaba.

 “…*Y en el reloj de antaño,*

*como de año en año
cinco minutos más para la cuenta atrás.
Hacemos el balance de lo bueno y malo.
Cinco minutos antes de la cuenta atrás”.*

Ese sueño se había desvanecido. Cuando veía a sus sobrinos llorar, enrabietarse, pelearse, se felicitaba por no ser madre. Menos mal, no se veía con la paciencia suficiente para criar y educar a unos pequeños bárbaros. Bueno, no era del todo así. También sentía un pinchazo de envidia cuando veía a sus hermanas cogerlos en brazos y achucharlos.

En fin, cinco minutos más para la cuenta atrás. Iba a terminar por no comerse las uvas. Hacía mucho que no pedía ningún deseo en Nochevieja, para qué. Su madre seguía brindando con algo de oro en la copa, comiéndose las uvas con el pie derecho en el suelo y el otro levantado, poniendo una hoja de laurel bajo el plato de la cena. Rituales que hacían más patente su soledad y su fracaso.

- Venga, hija. Un año de estos empieza el año nuevo y no te das ni cuenta. Ni te arreglas para la cena. Mira que tomarte las uvas en pijama…

 Una, dos, tres así hasta doce. 39 años atragantándose con las uvas. Miró alrededor de la mesa y sintió ganas de llorar. Su padre quedándose medio dormido y sin probar ni una, pues nunca le habían gustado. Su madre pintada y esforzándose por parecer muy feliz y ella con ganas de salir corriendo.

- El champán. Vamos, tonta, una copita para brindar.

 Anabel, madre de Silvia, la miró con un poco de pena. Casi cuarenta años, cuarentona. ¡Qué fea palabra! ¡Cómo crecen los hijos! Un día son niños y al siguiente, cerca de los cuarenta. La miró con su copa de champán en la mano, con ese horrible chándal gris que usaba para estar en casa y dormir. La veía tan triste y tan sola. La vida no estaba siendo muy justa con su hija mayor. La primogénita, esa niña tan deseada y mimada. Creció como primera hija, primera nieta, primera sobrina. Toda la familia pendiente de ella. Buena estudiante. Educada y obediente. 9 años como reina absoluta y, cuando llegó el terremoto de las gemelas, reina destronada. No había tiempo para ella. Sandra y Elisa fueron guerreras desde que abrieron los ojos. Impacientes. Sus lloros se escuchaban en todo el vecindario y Anabel no tenía manos suficientes para dar el pecho, preparar biberones, cambiar pañales. Todo lo querían a la vez y gritaban hasta conseguirlo. “Silvia, hija, échame una mano. Cambia el pañal a tu hermana”. “Silvia, hija, dale el biberón y a ver si se calla la niña”. “Silvia…” “Silvia...” Era la mayor. ¡Qué injusticia ser la mayor!

 Había crecido sin protestar. Había estudiado mucho, un expediente académico brillante en Traductores. Después se había ido a Londres. Varios años trabajando en Inglaterra, teniendo una vida independiente, hasta que vino su gran fallo: regresar a España. Visto cómo habían ido las cosas, cómo estaba España con la crisis, tantos jóvenes sin esperanzas, sin poder conseguir un futuro decente, mejor habría sido quedarse en Inglaterra. Pero todo iba tan bien y decidió volver a España, a Barcelona. Tenía allí buenos amigos y una vida interesante. Muchas editoriales y muchos negocios online buscaban y necesitaban traductores, pero acechaba la crisis, llegó el 2008 y todo se desmoronó poco a poco. Al principio fueron menos los encargos, después ninguno, hasta que no pudo pagar el alquiler. Menos mal que al estar soltera no se había metido en una hipoteca, hubiera perdido también la casa. Al fin y al cabo la pérdida no fue muy grande: la independencia, el orgullo y no llegar a fin de mes, pero no había préstamos que pagar, ni deudas. Anabel y Emiliano le ofrecieron que volviera a casa hasta que mejoraran las cosas. “Sólo hasta que tengas otra vez trabajo. Te alquilas un pisito y como si no hubiera pasado nada. Son rachas, hija. Rachas malas”. Observaba su ceño cada vez más fruncido, a diario enviaba emails con currículums, pero nadie le contestaba. Sus hermanas la habían convencido para que se preparara unas oposiciones. Se notaba que la idea no le gustaba, pero qué más podía hacer. Había que ser realistas, ¿quién la iba a contratar con 40 años? Con poco convencimiento, Silvia aceptó estudiar unas oposiciones para administrativo que se convocaban en unos meses y, si no conseguía un trabajo, se marcharía definitivamente al extranjero. Inglaterra vivía tiempos convulsos quería irse de la Unión Europea, por eso su idea era Australia. Quería marcharse tan lejos que Anabel rezaba todos los días porque le saliera una “placita” en cualquier organismo. Se estaba preparando para la Junta de Andalucía, y mientras llegaban esas oposiciones se presentaba a las vacantes que iban saliendo en los ayuntamientos de los pueblos de alrededor, aunque todos sabían que en los pueblos esas plazas estaban más que dadas. Si eras del partido que gobernaba o conocido del alcalde, seguro que, por arte de magia, conseguías esos trabajos que por ley debían hacer públicos. Silvia que era muy buena estudiante, curiosamente siempre quedaba la segunda. ¡Qué casualidad! Pero se lo tomaba con filosofía y como ella nunca se había presentado a oposiciones y todo tiene su truco, cada uno de esos exámenes le servía de prácticas y cada vez le salían mejor.

- Silvia, ¡Feliz 2015! Este va a ser tu año, lo presiento, hija. Te quiero mucho.

 Acercaron sus copas y madre e hija se miraron a los ojos con intensidad, se querían y se notaba. Madre e hija, parecidas físicamente, no tanto en el carácter, o ¿sí?

- Gracias, mamá. Seguro que algún día tiene que tocar. Yo también te quiero.

 Su padre levantó la copa y brindó con ellas. Las dos mujeres lo besaron y el champán se quedó en las copas tras el brindis y mojarse los labios pues a nadie le gustaba el sabor amargo de la bebida.

- Me voy a dormir, voy a terminar la maleta y a descansar pues mañana, si vienen todos a comer, va a tocar trabajar bastante.

**AÑO NUEVO 2015**

**DAVID**

 David se miraba fijamente en el espejo. La luz que entraba por la ventana le devolvía la imagen de un hombre todavía joven, piel tersa con algunas arrugas en los ojos, unos ojos azules, grandes y profundos, con ojeras violáceas. Delgado, excesivamente delgado. No tenía muy buen aspecto para lo que él era habitualmente. Se cuidaba mucho. Vivía de su imagen y además le gustaba sentirse atractivo. Siempre lo había sido. Desde niño era famoso por lo guapo que era. ¡Qué niño tan precioso! ¡Madre mía, qué ojos! ¡Qué pelo! ¡Está buenísimo! Estaba acostumbrado a gustar y lo necesitaba para vivir. Se sacrificaba en el gimnasio y hacía deporte a diario. Tenía un entrenador personal, corría maratones. Sus abdominales provocaban suspiros y su trasero se realzaba con los vaqueros gastados que tanto le gustaba usar. Con uno de ellos y una camiseta, no tenía rival, pero cuando se enfundaba un traje o un smoking, entonces sí que no había mujer que se resistiera.

 Su físico había sido algo decisivo para triunfar. Porque él era un triunfador. Tenía un ático en Madrid en la Plaza de España desde el que se veía el Palacio Real. La ciudad estaba rendida a sus pies. La azotea de su loft, amueblado con gusto exquisito, era famosa por sus fiestas adonde acudían los personajes más de moda de la capital. Periodistas, actores, políticos, escritores, futbolistas. Todos eran sus amigos y pedían ir a esos encuentros que periódicamente organizaba. Eran momentos de relax y de negocios, pues era un maestro en aunar ambas cosas. Era muy versátil y una de las personas más influyentes y conocidas de España. Tenía además una casa en Miami, muy cerca del hogar de conocidos cantantes internacionales que también eran sus amigos. Una casa de ensueño. con un puerto privado y un yate maravilloso que a veces traía en verano para poder viajar con sus amigos por el Mediterráneo. Navegaban por Mallorca, Ibiza, la Costa Azul, Mónaco, donde era amigo personal del príncipe, y hacía bonitos recorridos por Italia y Grecia. La vida era maravillosa. Tanta belleza y él podía disfrutar de ella en todo momento. Sus coches. ¡Cómo olvidar sus coches! Eran famosos en Madrid, sólo los futbolistas competían con él por los deportivos más modernos. ¡La vida era magnífica! Y la disfrutaba a diario.

Estaba separado. Judith, su exmujer, era una actriz muy conocida. Guapísima y aún lo quería. Si el matrimonio fracasó, fue por su culpa. Lo sabía. Pero es que había tantas tentaciones... Podía tener a la mujer que quisiera y no era capaz de conformarse con una sola. Judith también podía tener al hombre que deseara, pero ese hombre sólo era él, sólo había sido él. Había aguantado muchas infidelidades hasta que se hartó. Lo pillaron con una striper. Aquello fue demasiado humillante para ella. “Una cualquiera. ¿Cómo has podido?” Unas desagradables fotos que le mostraban desaliñado y abrazado a “esa pobre mujer que no tenía culpa de tanta curiosidad” salieron en todas las revistas y en los programas de televisión. No era una imagen muy edificante. Se le veía bastante borracho, mantenía a duras penas la verticalidad, y cogiendo de la cintura a esa mujer con la pintura manchando su triste cara. ¡Qué horror!

 La bebida te nubla no sólo los sentidos, te nubla hasta el gusto. Judith no pudo superar esos cuernos nacionales y lo dejó. A veces la echaba de menos. Buscar todos los días una compañía femenina le aburría últimamente. Es más, hacía unos meses que no estaba con nadie. Desde que tenía 16 años no había pasado una temporada tan larga sin hacer el amor. Y es que no estaba bien. Esa falta de ganas de ligar… Además, le molestaba que todo el mundo lo reconociera por la calle. No podía salir a ningún sitio sin notar las miradas interrogantes de la gente. ¿Será él? Se daban la vuelta y cuando se convencían de que sí, le pedían hacerse un selfie. ¿Quién inventó los selfies? Si lo supiera, lo mataría. Volvió a mirarse al espejo. Pronto se quedaría sin pelo. Se tocó el cabello ondulado, rubio, herencia de sus ancestros ingleses. Mientras que muchos tenían que hacerse mechas para mantener el color, su cabello era natural. Algunas canas comenzaban a aparecer, lo notaba más en la barba. Desde hacía unos meses le salía blanca. Se miró las manos. Manos con una manicura perfecta. Dedos largos y finos de pianista, dedos expertos en acariciar, expertos en tocar la guitarra, aunque pocos lo sabían, expertos en cortar verduras para su hobby favorito: cocinar, expertos en conducir. Expertos en todo. La vida había sido tan generosa con él. Esos dedos ahora mostraban con todo detalle sus huesos. Dedos huesudos, dedos de viejo, aunque, con 42 años, todavía no era viejo. Dedos de enfermo.

Se alejó del espejo que había en el comedor y puso música para meditar. Salió a la pequeña parcela diáfana delante de la casa y extendió con parsimonia su esterilla. Llevaba ropa cómoda: una camiseta de manga larga, pantalones anchos y unos calcetines gruesos. Hacía fresco, pero no frío. Aunque era 1 de enero, el sol calentaba. Puso toda la atención en su respiración y fue relajándose. La música le ayudaba a entrar en una especie de trance donde todo se desvanecía, no había éxitos ni fracasos. ¡Om! Repitió bajito, apenas sin salir la voz de su boca. ¡Om! Retumbó la expresión más sagrada del budismo por todo su cuerpo. La sintió vibrar en su interior desde la garganta al estómago. Sentado en el suelo, con el sol rozando su cara, la respiración se fue apagando y su mente voló hacia otros mundos, hacia otras dimensiones donde no existía el dolor.

Se imaginó una gran bola de luz sobre su cabeza, volvió a concentrarse en la respiración, últimamente le costaba concentrarse, pero precisamente en estos difíciles días era cuando más necesitaba esta técnica de evasión. Respiró profundo, llenando de aire sus pulmones, le dolía un poco el bajo vientre al hacerlo, no quiso pensar en ello. Expulsó con el aire todos los malos pensamientos, todos los funestos presagios, imaginó su aliento teñido de negro. Volvió a respirar hondo, a llenar sus pulmones, esta vez el aire iba lleno de luz solar brillante, amarilla y azul, y dejó que lo fuera envolviendo desde los pies, recogidos en la esterilla, hasta su cabeza. Se imaginó pequeño y vio su figura dentro de la bola luminosa que pendía sobre su cabeza. ¡Qué pequeño era! Se entretuvo sin prisa por esa imaginaria sala blanca, tan blanca que le hacía entornar los ojos, después salió e imaginó un bello paisaje, su favorito, un fiordo de Noruega donde había estado varias veces, no había otro paisaje más hermoso: Montañas con nieve que se reflejaban como un espejo limpio de impurezas en un lago de aguas frías, calmas y azules. La tranquilidad que le transmitía ese lugar era sólo comparable al paraíso. Si todo acababa bien, iría allí. Como los que van de romería a ver vírgenes, o los que en Semana Santa rezan año tras año a los mismos cristos, él volvería a ese recóndito lugar de Noruega en una peregrinación de acción de gracias por vivir todos los años que le quedaran en este planeta.

Había abandonado de joven la fe de sus mayores, la religión católica. A los 20 años le atrajo el budismo, quería seguir sus enseñanzas, no comer carne, meditar, ser pacífico, amar a todos los seres, cuidar tu cuerpo, pero conforme el éxito llegó a su vida se dio cuenta de que el budismo no cuadraba bien con su forma de actuar. Bebida, drogas, mujeres, excesos… El budismo era para pobres, total tenían poco que dejar atrás, pero el mundo era tan apasionante cuando se tiene juventud, dinero a raudales y éxito sin fin que no podía seguir esas recomendaciones de vida que, en definitiva, era otra religión. De aquellos años, solo le había quedado la costumbre de meditar. Cuando se perdía mucho en la vorágine del mundo, paraba, se sentaba, meditaba, y desde hacía unas semanas lo hacía a diario.

 Tenía miedo. ¡Cómo negar que estaba muerto de miedo! Imaginó su figura delgada y demacrada a orillas de una de las montañas nevadas de su fiordo. La inmensidad de la naturaleza le dio la dimensión de su existencia. No era nada para aquellas montañas que llevaban millones de años ahí viendo correr las aguas transparentes bajo ellas. ¿Cuánto dura la vida de una persona? Antes 40 ó 50 años, ahora podían llegar a los 80 o más, pero ¿quién sabe cuándo acaba una vida? ¿Quién decide que tu misión en este mundo ha acabado? ¿Se había acabado su misión? ¿Tenía su vida una misión?

 Una misión, no sabía. Lo que tenía era miedo, pavor. Contemplando esa nieve imaginaria, echó la vista atrás y, por más que lo intentó, que buceó en sus recuerdos, no creía haber hecho nada importante en sus 42 años de vida. Había gozado, disfrutado y jodido a bastantes personas. No era un angelito. A lo mejor había desperdiciado el tiempo que todo humano tiene en la Tierra. Como hasta el momento no lo había hecho muy bien, si pudiera regresar a la juventud, reharía el camino con algunas lecciones aprendidas y mejoraría muchas cosas. Según decía ese budismo, que abandonó casi antes de empezar, no hay castigo en una vida, hay lecciones que aprender, recuperaciones de septiembre. Eso era. Él quería que este momento fuera sólo la recuperación de septiembre. Se había enfrentado a muchas en sus años de estudio, sabía lidiar con eso. Era su recuperación de después del verano, pero esta vez en enero. ¡Esa era la actitud! Y como siempre aprobaría.

Debería entrar y comer algo, pero el apetito se le había ido. Ese fue uno de los primeros síntomas que notó. Luego la pérdida de peso, el dolor abdominal. Decidió hacerse un chequeo. Desde que observó la cara del médico al palparle el abdomen y el bajo vientre, supo que era grave. La palabra innombrable comenzó a resonar en su cabeza. Como hacía al meditar con los pensamientos negativos que se le cruzaban en esa pretendida paz buscada, lo desechó. No. Será apendicitis, por decir algo. Los análisis fueron rápidos y el diagnóstico, demoledor. Eso tenía ser rico y poder pagar la mejor clínica de Madrid. Lo innombrable. Cáncer de colon. Parecía por el TAC que no había metástasis.

Volvió a barrer de su mente los malos pensamientos. Después de años de olvidar la espiritualidad, ahora le había vuelto de pronto. La cercanía... “No, esa palabra debía desecharla”. La certeza de que somos finitos, que ningún humano es eterno. “Eso estaba mejor”. Esa certeza le había acercado al mundo intangible, su madre le había dicho que rezara, nadie más sabía lo que le estaba pasando. Rezó los primeros días, cuando el diagnóstico le cayó como un mazazo en la cabeza, pero la repetición de esas palabras tan conocidas, repetidas una y otra vez, no le habían traído el anhelado consuelo. Una vez un monje le dijo que los occidentales no sabían rezar, por eso las iglesias estaban más vacías cada día. Los sacerdotes cristianos estaban muy lejos, en su forma de vida y en su forma de hablar con Dios, de los budistas, de los chamanes, de los yoguis, de tantas figuras espirituales de tantos países, y era verdad, ni el Padrenuestro, ni ninguna oración, aprendida en sus años de estudio en los jesuítas, le ayudaba. No las sentía reverberar en su interior, no henchían su corazón. No confiaba en ese dios. La meditación sí le calmaba, las bellas imágenes que imaginaba en su mente dibujaban una sonrisa de paz en su boca. Y, sin pensarlo, recuperó aquellos viejos libros de su juventud y compró otros nuevos. Iba a necesitar mucha ayuda médica, pero mucha más ayuda mental. En eso todos los científicos estaban de acuerdo, un estado mental positivo es fundamental para curar una enfermedad, para tener un cuerpo sano o atraer la salud.

Empezaba a sentir fresco, entró en la casa, puso en el teléfono móvil música de mantras y se tendió en el sofá desde el que veía el mar. Aún hacía sol, en pocas horas la luz se iría, pero de momento el astro rey invernal chispeaba en el mar desierto, ni una vela, ni un barco, sólo algunas aves graznaban y rompían la quietud del lugar que, enmarcado por las puertas correderas de la casa, parecía un cuadro. Una acuarela de finos y delicados colores pastel. Sus ojos se fueron cerrando, su miedo se fue adormeciendo al centrarse en la repetición monótona de los mantras. Imaginó su vida futura, feliz, saludable, y se sumergió en un profundo y pesado sueño.